

[231]

**LA NUEVA JERUSALÉN DEL APOCALIPSIS
Y SUS RAÍCES EN EL ANTIGUO TESTAMENTO:
EL PERIODO DE LA “JERUSALÉN CELESTE”**

Ariel Alvarez Valdés
Santiago del Estero

Introducción

Todo el Apocalipsis (Ap) con sus visiones e imágenes, tiende hacia una última y gran visión que el autor contempla, y que constituye el punto culminante del libro: la aparición de un nuevo cielo y una nueva tierra, y la desaparición de la primera creación (Ap 21,1). Y en esta nueva tierra, el vidente Juan contempla una nueva ciudad santa, una nueva Jerusalén, que ha bajado del cielo (Ap 21,2).

Esta idea de una nueva Jerusalén escatológica, en la que vivirán únicamente los santos de Dios, y con la que se inaugura una nueva etapa para el pueblo de Israel, no es original del Ap. En efecto, diversos textos, tanto del Antiguo Testamento como de la literatura judía, reflejan tal motivo teológico, de manera que podemos afirmar que desde el s. VI a.C. se encuentra ya en gestación.

Pero la idea de una nueva Jerusalén no se mantuvo invariable en el transcurso de los siglos, sino que fue adquiriendo características y connotaciones diversas, según las nuevas vicisitudes históricas por la que pasaban los israelitas, y los anhelos que en ella proyectaban.

Es así como podemos descubrir diversas etapas en las cuales fue gestándose la concepción de una nueva Jerusalén.

Los autores generalmente suelen identificar dos grandes momentos en este desarrollo: el de una Jerusalén terrena, y el de una Jerusalén celeste. Sin embargo, haciendo un análisis más

[232] profundo de los textos de la literatura vétero e intertestamentaria, podemos descubrir más bien tres etapas de evolución del concepto judío de una nueva Jerusalén, hasta desembocar en la del libro del Ap.

Al primer estadio lo llamamos, en un artículo anterior, el de la "Jerusalén reconstruida",¹ y al segundo, el de la "Jerusalén nueva".²

Presentamos ahora la última fase de la evolución de esta idea, y los textos que de alguna manera la reflejan.

La Jerusalén celeste

Es la tercera etapa en el desarrollo de la idea de una Jerusalén escatológica. Comienza en el año 70 de nuestra era, con la destrucción de la ciudad por las legiones romanas. Este acontecimiento, totalmente imprevisto e imprevisible para cualquier judío, produjo una honda repercusión en el ánimo y en la esperanza no solamente de ellos, sino también de los cristianos, como puede verse por las huellas que dejó en sus respectivas literaturas de los siglos I y II.³

A partir de entonces los círculos apocalípticos comienzan a comprender claramente la imposibilidad de que se diera la salvación en este mundo. El tiempo presente se halla totalmente bajo las potestades enemigas de Dios, y por lo tanto se encamina hacia su destrucción.

¹ "La nueva Jerusalén del Apocalipsis y sus raíces en el Antiguo Testamento: el período de la 'Jerusalén reconstruida' ", en *Revista Bíblica* 53 n. 47 (1992] 141-153.

² "La nueva Jerusalén del Apocalipsis y sus raíces en el Antiguo Testamento: el período de la "Jerusalén nueva". en *Revista Bíblica* 56 (1994) 103-113.

³ Cfr. Testa, E., "I riflessi letterari della distruzione di Gerusalemme (I-II secolo d.C.)", en *La Distruzione di Gerusalemme del 70. Atti del V convegno biblico francescano. Roma 22-27 settembre 1969* (Collectio Assisiensis). Assisi 1971. 15. Sostiene que a partir de la destrucción del 70 nacieron tres corrientes de pensamiento con relación a Jerusalén: a) la de los judíos, que anhelaron una vez más la restauración, sea ésta de naturaleza terrestre, escatológica o trascendente; b) la de los judeocristianos (en la que incluye al autor del Ap), que espiritualizan las promesas pero de un modo terreno; c) la de los cristianos procedentes de la gentilidad, que interpretaron alegóricamente las promesas proféticas.

La repercusión de esta destrucción en la literatura tanaítica puede verse en Manns, F., *Pour lire la Mishna* (Studium Biblicum Franciscanum Analecta. 21) Jerusalén 1984. 64-71. Para la relación entre el tema de la Jerusalén celeste y la literatura rabínica posterior, cfr. Safrai, S., *La Jérusalem celeste. Ariel* (19) 1960. 12-17.

[233] Con la llegada de ésta, se abrirá paso un nuevo mundo, metahistórico, situado en el más allá, preparado por Dios mismo sin concurso alguno del hombre. Mientras se aguarda su manifestación sólo cabe refugiarse en las buenas obras, y esperar el momento en que hará irrupción el eón salvífico.

De todos modos, la esperanza de una etapa mesiánica terrestre pesaba demasiado en la convicción del judaísmo, y nunca pudieron desprenderse de ella totalmente. Es así como se vieron forzados a señalar, antes de la entrada de los fieles a la Jerusalén celeste trascendente, una etapa terrena para el Reino del Mesías. De esta manera, en los textos judíos se encuentra a veces esta secuencia en el devenir escatológico: a) mundo presente condenado; b) reino temporal terreno del Mesías; c) resurrección de los muertos y juicio; d) mundo futuro, trascendente y eterno.⁴

El libro 4º de Esdras

Esta obra, escrita probablemente alrededor del año 100 d.C. en Palestina, quizás en un original semítico,⁵ consta de dos partes: la primera, contiene tres diálogos de Esdras con el ángel Uriel; y la segunda, reporta cuatro visiones.

El autor procura armonizar las diversas ideas que acerca del futuro circulaban en Israel en ese período: la suerte de los justos y de los pecadores después de la muerte, el juicio universal de los justos, la resurrección general.

El tema de la ciudad de Jerusalén como morada escatológica aparece en diversos lugares, más o menos identificables.⁶ En algunos de estos pasajes se trata indudablemente de la Jerusalén mesiánica, es decir, del Reino temporal, terrestre, que aunque es "celeste" por su origen, sólo durará 400 años (7,18), y estará ubicado en Palestina (9, 7-8). Sólo cuánto termine este tiempo los hombres morirán y el mundo volverá a ser creado. Entonces llegará el juicio y tendrá principio el mundo futuro, eterno, sin corrupción (7,113-114).

Es en 9,38-10,59 donde encontramos que 4º Esdras habla

⁴ Cfr. Diez Macho, A. *Apócrifos del Antiguo Testamento I*. Madrid 1982. 351-356.

⁵ Para este libro puede verse Metzger, M. "The Fourth Book of Ezra", en Charlesworth J.H., *The Old Testament Pseudepigrapha II*. 519 s.

⁶ Por ejemplo 7.26; 8.52; 12.32-34; 13.36.

[234] palmariamente de la Jerusalén propiamente celestial. El vidente Esdras se encuentra en las afueras de la ciudad, en medio del campo, y aparece una mujer llorando desconsoladamente. Ella le cuenta que vivió 30 años estéril con su marido, al cabo de los cuales Dios le concedió un hijo (9,39-47). Pero sucedió que cuando el hijo estaba a punto de casarse, cayó muerto (10,1-18).

La narración continúa cuando Esdras recrimina a la mujer por llorar por su hijo, en un momento en que Israel ha perdido a tantos hijos, y la ciudad y el templo han quedado arruinados (19-24). Mientras él está hablando, la mujer se transforma en una ciudad luminosa, brillante y magnífica (25-28).

El ángel Uriel da la interpretación: la mujer de la visión es Sión. Los años de su esterilidad son el tiempo que precedió a la construcción del Templo de Salomón. El hijo aludido es el templo mismo, y su muerte hace referencia a su destrucción. La ciudad que finalmente aparece es la nueva Jerusalén-Sión (25-29).⁷

La visión describe aquí a las dos Jerusalén: la terrena, que subsiste históricamente, desconsolada, y la celeste, de la cual aquella no es más que un modelo (10,49).

En este texto aparece, por primera vez, la concepción de una Jerusalén preexistente, concebida desde siempre en la eternidad de Dios. Este rasgo se ve aún más claramente por el hecho de que la nueva ciudad no surge más en el lugar donde se alzaba la anterior, detalle éste que servía para indicar en el fondo la continuidad de la misma, como se ve en 1 Hen, sino que se alza ahora en un solar despoblado, sin huellas de edificación humana.⁸

Vemos cómo ahora desemboca en una nueva etapa, la idea que había venido gestándose y evolucionando en los libros apocalípticos precedentes, pero que hasta el momento no había logrado despegarse totalmente de las categorías terrenales.

En 4 Esd no está ausente la observación de que serán muy pocos los habitantes de la ciudad escatológica. En efecto, se indica que los que se salvarán serán "como una gota de agua en un diluvio", pues para lograrlo habrá sido necesario haber cumplido con toda la Ley.

El libro 2º de Baruc

Este escrito también tuvo su origen en la destrucción de

⁷ Para el relato sigo el texto propuesto por Metzger, anteriormente mencionado.

⁸ Cfr. Rosso Ubigli. L. "Dalla 'nuova Gerusalemme' alla 'Gerusalemme celeste' ", *Henoch* (3) 1981. 73-75.

[235] Jerusalén y el templo en el año 70 d.C. y por ello es de alguna manera paralelo a 4º Esd.⁹

El texto siríaco actual es traducción de uno griego, pero el original parece ser hebreo. Compuesto en Palestina por un autor de tendencia farisaica, desarrolla la trama en un diálogo entre el profeta Baruc y Dios. En él se plantean cuestiones acerca de la tragedia de la destrucción de la capital judía, y el significado de su destino.¹⁰

De las numerosas alusiones que la obra nos ofrece sobre Jerusalén, nos interesan las de los dos primeros capítulos (1,1-8,5).

Se inicia con el anuncio a Baruc, por parte de Dios, de la destrucción de Jerusalén (en la ficción literaria, se habla de la catástrofe llevada a cabo por los babilonios contra esta misma ciudad en el año 587 a.C., pero históricamente se trata de la sufrida en el 70 d.C.). Ante las súplicas del profeta para que Dios aleje tal calamidad del pueblo éste le responde:

¿Piensas, acaso, que ésta es la ciudad de la cual yo dije: "en las palmas de mi mano te tengo tatuada"? No. Esta construcción que hoy se alza ante ustedes no es aquélla que será revelada conmigo, aquélla que ya estaba preparada desde el momento en que decidí crear el Paraíso. Se la mostré a Adán antes de que pecara, pero cuando transgredió el mandamiento le fue quitada, así como le fue quitado el Paraíso. Luego se la mostré a mi siervo Abraham, de noche, entre las partes de la víctima. También se la mostré a Moisés en el monte Sinaí, cuando le revelé la imagen del Tabernáculo con todo su mobiliario. Ahora la tengo reservada conmigo, como el Paraíso (4,2-7).

Como vemos, aquí la idea de una Jerusalén preexistente viene formulada aún más claramente que en 4 Esd, a la par que se subraya su carácter divino.¹¹

Un elemento de gran importancia, luego retomado por el Ap cristiano de Juan, es la idea de que la destrucción de Jerusalén no obedece únicamente a un castigo divino por los pecados, sino que cumple una función precisa y prevista en la economía de la

⁹ Para 2 Bar cfr. Bogaert, P., *Apocalypse de Baruch. Introduction, traduction du syriaque et commentaire* (Sources Chrétiennes), I-II. Paris 1969. Para una introducción de carácter más general. Cfr. Díez Macho, *Apócrifos I*, 283-292.

¹⁰ Para el análisis del tema de la Jerusalén celeste en 2 Bar, puede verse Bogaert, *Apocalypse I*. 421-425.

¹¹ Sigo en estas reflexiones a Rosso Ubigli, "Dalla 'nuova Gerusalemme'". 75-77.

[236] historia, pues acelera la llegada del fin, del tiempo de la visita de Dios (2 Bar 1,1-2; 20,2; 23,7).¹²

También el texto evidencia un neto corte entre el eón presente, que está a punto de terminar, y el eón futuro, inaugurado por el juicio que señalará el fin de este mundo y el inicio de una realidad nueva, definitiva e incorruptible. La esperanza del autor está ahora proyectada hacia el más allá de la historia. Ya no se habla más de la "tierra prometida", como era clásico en el Antiguo Testamento, sino de una "era prometida" (44,13), un mundo invisible, un tiempo escondido (51,8).

Esta Jerusalén, creada por Dios desde toda la eternidad junto con el Paraíso, no es más la contrapartida de la ciudad terrestre, sino que la sustituye a ésta, con lo que cae toda esperanza de su reconstrucción.¹³

Conclusión

Mientras que en la apocalíptica de los siglos II y I a.C. que analizamos en el artículo antes mencionado,¹⁴ la esperanza del futuro de Jerusalén estaba ligada al mundo y a la historia, aun cuando se aguardaba un cambio radical entre pasado y futuro, en la apocalíptica tardía que acabamos de ver aparece delimitada ya la concepción de los eones, al punto tal que se verifica un salto cualitativo de esta espera: de la historia a la eternidad, de lo corruptible a lo incorruptible, de lo mortal a lo inmortal.

En el período precedente, las ideas del movimiento apocalíptico abrigaban, sí, la noción de los dos mundos, el celeste y el terreno. Pero éstos se encontraban. La historia en cierto sentido no se interrumpía. La novedad teológica de los apocalipsis de este último período consiste precisamente en el anuncio claro de que la historia deja de existir, se termina. El interés ya no está más dirigido al tiempo presente, sino al mundo invisible del más allá.¹⁵

¹² Cfr. Bogaert P.. "La ruine de Jérusalem et les apocalypses juives après 70", en *Apocalypses et théologie de l'espérance* (Lectio Divina 95). Paris 1977,135-141, donde compara los elementos literarios comunes a 4 Esd, 2 Bar y Ap.

¹³ Una visión diferente al respecto, ofrece Bogaert, "La ruine", 123-141. El autor habla de la Jerusalén terrestre como "arquetipo" de la celeste, de la "reconstrucción" futura, de la permanencia de la tierra, etc.

¹⁴ Cfr. la nota n° 2.

¹⁵ Cfr. Rosso Ubigli. "Dalla 'nuova Gerusalemme'". 77-78.